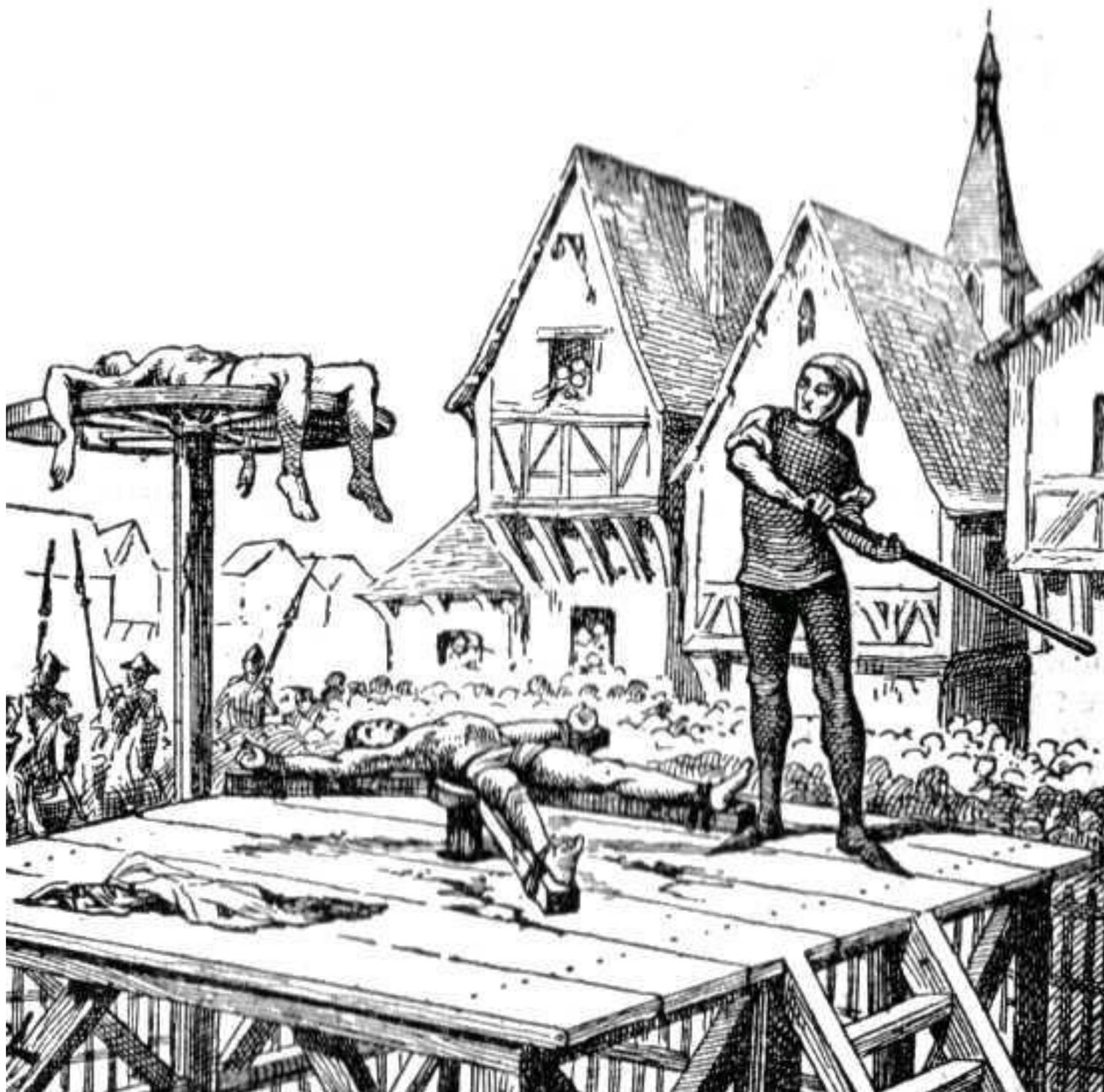


El orden

Marcelo Deza



Capítulo 1

El primer resplandor anunció el despertar general de los miembros de la familia. Todos, desperezándose, y con mucha disciplina, se encaminaron hacia el baño para lavarse las caras y combatir el aletargamiento. Cuando al fin se hallaron compuestos y lúcidos, desayunaron en silencio, luego, cuando se saciaron, cada uno lavaba sus utensilios. Grande fue el asombro de Matilde al atisbar la mancha gris en el centro de la mesa, aparecía casi inaprensible, pero el grito de terror de Matilde la terminó por aclarar y empeorar para quien ahora la mirase. La noticia no corrió fuera del conocimiento de la propia familia, hubieron de esconder el secreto para no despertar la decepción de los vecinos al conocerse sus defectos. Lucio, el de las ideas más acertadas, manifestó en retirar la mesa muy despacio hacia el patio; se cumplió sin cuestionarse, luego, afirmó, se cortará con una sierra el área manchada y se quemará el trozo diabólico cercenado. Hubo algarabía cuando finalizaron su tarea al mando del impecable Lucio; Manolo, el menor, apostó por una fiesta en la noche, miraron a Lucio que en esos momentos fumaba en su sillón, este asintió con indiferencia, y el espíritu de la celebración se proclamó en un grito de júbilo. El día avanzaba con la expectativa de la Luna llena. Por la tarde, Perla, la adolescente, y Manolo emprendieron el rítmico desplazamiento del taburete, en sus rostros la fatiga, el sudor ondulaba como un arroyo por sus flácidas extremidades, sin embargo no pidieron ayuda, pues alteraría el orden predestinado de los planes. Llegada la noche y terminadas las preparaciones, se inició la ceremonia cuyo lugar era la sala, allí, imponente, se erigía el taburete, suspendido y balanceado por una gruesa cadena que se incrustó en una hendidura del techo. En las paredes había figuras imperfectas y grises que daban un aspecto de extrañeza y de enigmático desasosiego. Había un reflejo de desconcierto en aquellas imágenes que conducía a lo más hondo de una mente perturbada, como si un pintor cruel, absorto en terroríficas reflexiones, grabara sus deseos ya distorsionados producto de su frenesí. Todo había seguido su orden, ni un solo detalle había sido olvidado, cada señal, cada signo, tomaba forma en cada espacio de la casa. Miré por última vez la Luna, tan viva, y obedecí al llamado perverso de mi familia, avancé muy cansado, cruzando la inmensidad de la sala hasta persignarme al pie del taburete, sentí unos manos que me elevaban hacia lo alto, y con dificultad me situé en su centro, no fue mi avanzada edad su piedad ni arrepentimiento, yo vi por última vez su rostros, marcados por la crueldad de la venganza. Me sumí en la oscuridad eterna.